

## CAPITULO VIII.

## SÉPTIMO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

No se piense que el honor nació en la tierra y de aquí fué trasladado al cielo; antes por el contrario el honor nació en el cielo, de donde bajó á la tierra; y aquellos á quienes Dios ha hecho la merced de descubrirles algo de las grandezas de su casa, como Isaías, Ezequiel, S. Juan y otros, la vieron siempre llena de honor y majestad. Por tanto trataré del honor debido á la Virgen santísima como de una cosa toda celestial y procuraré tomar el modelo por lo que se practica en el cielo, aunque solo pueda hablar con pensamientos y palabras humanas.

## S. I.—El primer rasgo de honor es adorarla.

I. Para no perderme en este discurso será conveniente notar en primer lugar que la adoracion, segun decia el obispo Anasasio en el sinodo séptimo, no es otra cosa que una sobreeminencia y excelencia de honor; es decir, segun S. Juan Damasceno una sumision y exhibicion de honor que se hace á otro en consideracion de alguna excelencia ó preeminencia suya; de modo que hay que considerar cuatro cosas para comprender la naturaleza de la adoracion. La primera es la persona que la da, reconociéndose inferior á la otra y bajándose á ella: la segunda la persona ó cosa á quien se da: la tercera el motivo de adoracion, que es la excelencia de la persona ó cosa adorada, y la superioridad que tiene ya por naturaleza, ya por alguna prenda suya singular sobre aquel que le rinde sumision; y la cuarta el honor y culto que rinde, y el testimonio voluntario que presenta de la estimacion

interior de tal persona ó cosa. Porque no se crea que la adoracion consiste en solo el concepto que formamos de otra persona, por elevada que sea: ademas ha de bajarse la voluntad á la persona adorada con testimonios de honor, ya sean meramente interiores, ya vayan acompañados de alguna señal de reverencia exterior y visible.

II. En segundo lugar es de notar que hay tres especies principales de adoracion tanto por la diversidad de las personas á quienes se da, como por el culto religioso con que se las honra. La primera se llama comunmente latría, y es el honor supremo y sin limitacion alguna que damos á Dios en razon de su excelencia divina é infinita. La segunda se llama dulía, y es el culto que se da á los santos por su santidad y las singulares perfecciones de gloria que poseen; culto tan superior á todo el honor político como lo es la gracia á la naturaleza; pero por lo demas infinitamente inferior al de latría. La tercera, que es un medio entre las otras dos, tiene el nombre de hiperdulía, es decir, servicio sobre el comun, servicio verdaderamente inferior sin comparacion al divino; pero sumamente superior al ordinario que se debe á los santos. Este es el homenaje propio que rendiríamos á la sacratísima humanidad del Salvador, si se considerara separadamente de su supuesto divino, y el que rendimos á la virgen María en consideracion de los grandísimos privilegios y preeminencias que tiene sobre las demas criaturas.

III. En tercer lugar hay que tener presente que la adoracion tomada en estos tres grados puede ser absoluta ó relativa. Llamamos absoluta á la que se da á alguna persona ó naturaleza intelectual atendiendo á las perfecciones y excelencias que hay en ella. Digo á alguna persona ó naturaleza intelectual, porque ella sola es adorable con esta especie de culto, como que es la única

capaz de honor y excelencia que merece ser reverenciada en sí, tal como la virtud, la santidad, la gracia, la gloria y otras semejantes, en atención á que el hombre en calidad de criatura intelectual no puede razonablemente someter su dignidad por esta especie de respeto más que á una naturaleza de igual ó mayor nobleza que la suya. Con este honor adoramos á Dios, á la Virgen, á los ángeles y á los hombres. La relativa es la que damos á una cosa no por ninguna calidad que propiamente haya en ella, sino por la relación que dice á alguna persona ó naturaleza intelectual, que es digna de tal honor de adoración. De este modo adoramos la cruz, las imágenes y otras cosas semejantes que tocaron á los santos y que con motivo de ellos participan en alguna manera de su santidad.

IV. Presupuesta esta doctrina, no hay duda de que la iglesia católica ha dado en todo tiempo á la Virgen santísima el honor de adoración de que hablamos, como puede fácilmente mostrarse por la liturgia romana, la de Santiago, de S. Basilio y otras, por las actas del sínodo quinto, por el concilio tridentino (1) y los escritos de los santos doctores de todas las edades y naciones del mundo. S. Juan Damasceno hablará por todos. «Es cosa muy puesta en razón, dice (2), que la madre de Dios posea lo que pertenece á su hijo y sea adorada de todos.» Si hallamos que S. Epifanio (3), Jonás, obispo de Orleans (4), y algunos otros doctores dijeron que no la adoremos y que no debe ser adorada, ha de entenderse de la adoración suprema de latría, que la iglesia no le ha dado jamás; lo cual dicen con motivo de los

(1) Ses. XXV, de reliquiis et  
veneratione sanctorum.

(2) Orat. de Nativ. et de  
Assumpt.

(3) Hæres. 78.

(4) Orat. 2 de cultu imagi-

coliridianos, herejes que la adoraban como á una diosa y le ofrecían sacrificios (1).  
V. Quizá alguno desee preguntar con qué título le es debida la adoración de hiperdulia, superior á la que se da á los otros santos. A lo que respondo brevemente que es en calidad de madre de Dios, la cual la ensalza indeciblemente sobre todos los santos adorados con el culto de dulia: porque en cualquiera categoría de mérito, santidad y excelencia que los consideremos, siempre quedan siervos, y la madre siempre es madre, es decir, como explican S. Atanasio (2), S. Agustín (3), S. Juan Damasceno (4), S. Anselmo (5), el abad Ruperto (6) y otros, reina y señora absoluta de ellos en todos los dominios de su hijo. «En una palabra, dice S. Pedro Damiano (7), ¿qué cosa hay más grande que la Virgen madre, que encerró en su seno la grandeza de la divinidad soberana?» «Ella es cosa aparte, dice S. Ildefonso (8), porque lo que recibió y lo que hizo, no admite comparación con los demás.» «¿Qué honor podrá discurrirse, dice Jorge de Nicomedia (9), capaz de igualar el mérito de aquella de quien se prendó Dios, en quien habitó este y en quien se cumplió enteramente la voluntad del Padre eterno?» Bastantes motivos son estos para adorarla. Pasemos á la práctica de dicha adoración.

S. II.—Práctica de la adoración interior de la Virgen santísima.

I. Entre los saludables documentos que da S. Buenaventura á un amigo suyo para llegar á la perfección,

(1) S. Epiphani. lug. citad.

(2) Sermo de S. Deipara.

(3) Sermo 33 de sanctis.

(4) De fide, lib. 4, cap. 45.

(5) De excellent. Virg., c. 8.

(6) Lib. 3 in Cantic.

(7) Sermo 4 de Nativ.

(8) Serm. 2 de Assumpt.

(9) Orat. de oblatione Deip.

uno de los primeros es que no deje pasar dia alguno sin tributar especial honor á la virgen Maria; porque además de que esta señora aprecia todos los servicios que se le hacen, por livianos que sean, el acto de suyo es muy agradable á Dios, pues pertenece á la virtud de la religion, una de las principales (1). Esta produce dos especies de actos, unos interiores y otros exteriores; pero que proceden siempre del principio interior, que es el que da el impulso, el peso y el mérito al acto. Por esta razon comienzo por los actos interiores de adoracion, y especialmente porque están mas á la mano que los otros, pues para los exteriores puede haber impedimentos del cuerpo, de la edad, de la salud y otros tales y pueden interrumpirse ó dificultarse por las visitas, los negocios y las ocupaciones; pero los interiores se practican con toda libertad en casa y fuera, en la ciudad y en el campo, solo ó acompañado, en la ocupacion y en el ocio, en todo tiempo y lugar, en toda disposición de alma y cuerpo, como podrá verse considerándolos unos despues de otros.

*Diversas especies de adoracion interior.*

II. Adoramos interiormente á la Virgen; cuando veneramos las gracias y virtudes que le fueron otorgadas para ser digna madre de Dios; á saber, su singular piedad, su profundísima humildad, su pureza angelical, su caridad seráfica y asi sucesivamente de las demas. La adoramos interiormente, cuando le ofrecemos algun homenaje en consideracion de sus grandezas mirándola como á la hija del Padre, la madre del Hijo y la esposa del Espiritu Santo, la primogénita de las criatu-

(1) Lib. viginti quinque memorabilium, n. 13.

ras y la reina y señora de todas. La adoramos interiormente, cuando ante sus singulares grandezas abatimos todas las potencias de nuestra alma, el entendimiento, la memoria y la voluntad, reconociendo que son muy bajas y ruines para tributarle el honor que merece, y deseando tener mas capacidad para honrarla mas perfectamente. La adoramos interiormente, cuando le ofrecemos todo el honor que le tributan los bienaventurados en el cielo, el que recibió en la tierra desde el principio del mundo, y el que pudiera tribuíársele y nosotros no conocemos por no saber el modo de hacer la corte en el cielo. La adoramos interiormente cuando deseamos veria honrada en todas partes y servida con la mayor pureza y cuando pedimos que Dios haga sea conocida, amada y honrada de todos. La adoramos interiormente, cuando tributamos honor á su sagrado cuerpo, á su bendita alma y á todos los misterios de su vida, á su inmaculada concepcion, á su anunciacion, á su parto, á su dichoso tránsito, á su gloriosa asuncion, á su consagracion real y asi de todo lo demas.

III. Santa Brígida puso muy extensamente en cuatro oraciones devotísimas la práctica de esta adoracion segun las aprendió por revelacion. En la primera habla así á la Virgen: «Santísima madre de Dios, mi reina y señora, yo te bendigo con todo mi corazon como á la criatura mas noble de todas y á la que amó mas sincera y fielmente á su criador. Yo te bendigo y venero como á aquella cava concepcion fué anunciada á sus padres por el mismo arcángel que luego te llevó la nueva de la encarnacion del Verbo en tus purísimas entrañas. Yo te bendigo y venero como á la que nació de tan santo matrimonio y despues de una infancia y educacion angelical fue llevada al templo á los tres años de edad para consagrarse entre las vírgenes al servicio de Dios. Yo te bendigo y venero como á quien amó y glorificó á su criador

con todas sus fuerzas, en cuanto apuntó á su alma la primera luz de la razon.» Así prosigue considerando todos los misterios de la vida y muerte de la Virgen hasta que fué coronada con la corona de la inmortalidad y reconocida por reina y señora del universo. En la última oracion llena de bendiciones á Maria santísima diciendo: «Reina del cielo y de la tierra, mi señora, mi vida y mi dicha, mil veces bendita sea tu adorable cabeza realzada con la diadema de gloria é incomparablemente mas brillante que el sol. Benditos sean tus hermosos cabellos rubios, que á guisa de rayos del sol se esparcen sobre tus espaldas; y aunque son sin número, todavía los sobrepuja la innumerable muchedumbre de tus divinas virtudes. Bendita sea tu frente espaciosa y tu rostro mas blanco que la luna, en el que nadie fijó la vista sin recibir alivio y consuelo. Benditos sean tus ojos de paloma, mas claros que las estrellas del cielo y mas puros que los entendimientos de las inteligencias bienaventuradas: nunca se abrieron mas que para contemplar las cosas perdurables y eternas. Benditas sean tus sonrosadas mejillas, mas graciosas cien veces que la aurora: sobre ellas sentaron la modestia y el pudor el trono de la castidad.» Lo mismo dice en proporcion de las otras partes del cuerpo de la Virgen; y no puede uno leerlo sin moverse á amarla de todo corazon.

*Adorar á su amado hijo.*

IV. Finalmente á esta misma adoracion se refiere el honor que tributamos á su amable y amado hijo Jesus. Oigamos lo que la misma señora dijo un dia á santa Brigida: «Hija mia, si deseas saber de qué modo podrás alabarme y honrarme, sabe que siempre recibiré como tributados á mí los honores y alabanzas que presentes á mi querido hijo, porque el corazon y el alma de los dos

son uno. Así juzgaré que me alabas y enalteces en sumo grado cuando digas: Bendito seas sobre todas las cosas, mi criador y mi Dios, que te dignaste de encerrarte en las entrañas de tu humildísima sierva. Bendito seas, mi Señor y soberano, que naciste de esta virgen purísima sin detrimento de su virginidad, ni menoscabo de su santidad. Bendito seas, mi Dios y mi todo, que en el punto en que fuiste concebido de la reina de las virgenes, llenaste de gozo y contento todas las partes de su cuerpo y todas las potencias de su alma. Bendito seas, rey de gloria y majestad, por la gloria á que la ensalzaste, y la majestad de que la llenaste. Bendito seas tantas veces como granos de arena hay en la playa del mar, y haz misericordia á tu humilde sierva por la intercesion de la misma Virgen, tu venerada madre y mia. Amen.»

§. III.—Práctica de la adoracion exterior de la Virgen santísima.

I. No hay duda de que la adoracion interior es mas noble que la exterior, á la que anima como el alma al cuerpo; no obstante la exterior no deja de ser de mucho mérito y muy agradable á la reina del cielo. Como el hombre consta de alma y cuerpo, es cosa cierta que debe á nuestra señora no solo un homenaje interior, sino un culto exterior.

*Besar las imágenes de la Virgen.*

II. Sabemos por los libros santos y especialmente por el de Job que los antiguos daban culto á las cosas sagradas besándolas; de donde vino el nombre de adoracion. Desde el origen de la iglesia cristiana se empleó esta ceremonia para venerar las imágenes y reliquias de Jesucristo, de la Virgen y de los santos, y en todos tiem-